CAPÍTULO XXIV.

DE BARCELONA A MARSELLA.

EL camino á orillas del Mediterráneo tiene atractivos y encantos inenarrables. Los valles, las montañas, el mar que se estrella en las abruptas rocas de la costa, á menudo ofrecen panoramas hermosos y grata ocupación.

Salimos de Barcelona rumbo á Marsella por el ferrocarril de Francia, á las seis de la tarde, y la vía recorre en casi todo su trayecto el litoral.

He dicho en otra parte que los ferrocarriles europeos son malos; algunos no pueden ser peores; sin embargo, danse por bien empleadas las mayores incomodidades del mundo por gozar de los paisajes, y más que nada por encontrarse uno en sitios interesantísimos é históricos.

De Barcelona á la frontera francesa pásase por dos ciudades dignas de mención, y como notables en todo lo largo del camino, Gerona y Figueras. Gerona es la capital de la provincia de su nombre, una de las cuatro que forman, como se sabe, el vasto principado de Cataluña. La ciudad es una de las más viejas de España, conocida por los cartagineses y por los romanos; plaza fuerte de primer orden, y en la cual San Narciso, primer Obispo de Gerona, predicó el año 257 la fe de Cristo. Los primogénitos de los monarcas de Aragón tituláronse primeramente duques y más tarde príncipes de Gerona. Ante todo, la ciudad es célebre en los fastos de España por los terribles sitios que ha sufrido; cuéntanse más de treinta, dada su posición militar, y entre otros recordaremos el sitio de 1610 que le pusieron las tropas francesas en número de cerca de veinte mil hombres, al mando del Duque de Noailles. Los ingleses habíanla fortificado grandemente, y el Conde de Tantembac la defendió con sólo dos mil hombres; el enemigo fué rechazado con bravura y al cabo de cruda lucha tuvo Gerona que rendirse.

En 1712 el general alemán Wetzel la bloqueó; empero el valiente general Berwick hizo levantar el sitio á los alemanes después de maniobras atrevidas.

A principios del siglo que corre, Gerona se vió asaltada por el general francés Duchesne, que venía al frente de un ejército, siendo rechazado por los heroicos habitantes. Al año siguiente, 1809, otro ejército francés, mandado por Saint Cyr, púsole cerco. Este sitio fué para Gerona uno de los más horribles, pero en el cual tuvieron sus habitantes el valor de los héroes y el sufrimiento de los mártires; duró la lucha de Mayo á Diciembre de ese año, y después de desesperada resistencia, el Gobernador Álvarez, que defendía Gerona, dícese que perdió el juicio, y al fin la ciudad tuvo que capitular, pero con gloria.

Gerona es, pues, una de las capitales más beneméritas de la Península, y en su historia, regada con sangre, sólo se pondera el gran corazón de aquellos hombres valerosos que, con orgullo y satisfechos, han sacrificado sus propias existencias en defensa de su gloriosa bandera y en aras de su patria, tantas veces expuesta á la codicia extranjera.

Figueras toca ya los confines de la provincia de Gerona, y por ende también los de España. La ciudad tiene un famoso castillo muy fortificado, en el que, según se cuenta, pueden alojarse ni más ni menos que veinte mil hombres y quinientos caballos, como quien dice una población entera.

Seguimos caminando hasta tocar los límites de Francia,

por suelo netamente histórico, donde tantos pueblos se han derrumbado al choque estruendoso de las armas: por todos lados aparecen ruinas de fortalezas, y como sombras fatídicas los torreones de desmoronados castillos feudales.

La negra mole de los Pirineos fué haciéndosenos más y más visible. Por aquel terreno extiende sus numerosas ramificaciones.

A las diez y media de la noche, y después de atravesar un largo túnel, llegamos á Port Bou, en donde cenamos, y al poco andar estuvimos en Cerbère, población situada cerca del Mediterráneo y precisamente en la línea divisoria entre España y Francia.

La masa imponente de las montañas se dibujaba colosal por el lado español, como que estábamos al pie de ellas: la noche estaba tranquila y un tanto fría; habíamos recorrido desde Barcelona 169 kilómetros, y antes de transbordarnos al tren que nos conduciría á Marsella, tuvimos que pasar con nuestros equipajes á la aduana, situada en la propia estación, para el registro de éstos. La atención de los empleados franceses es exquisita: preguntáronnos luego si teníamos alguna cosa por declarar, pues se persigue el contrabando de dulces, licores y tabacos, y una vez que rápidamente hicieron el registro, colocados los equipajes sobre un gran mostrador y señalados aquellos con gis, pasamos á instalarnos en el tren que á media noche partiría de Cerbère directamente para Marsella.

Nuestra buena fortuna—que, á Dios gracias, no nos abandonó para nada—hizo que tuviéramos por compañero en el mismo coche á un alemán, agente de una fábrica de cromos de Francfort del Mein, y el cual hablaba divinamente el francés: gran conocedor de Europa, nos proporcionó itinerarios, nos dió instrucciones para la prosecución acertada de nuestro viaje, y aun él mismo se ofreció enseñarnos cuanto de curioso encierra la populosa Marsella, el puerto, sin disputa alguna, más comercial de Francia.

Dignos son de mención, principalmente, tres puntos que se pasan en este camino, cuales son: Perpignan, Montpellier y Nîmes. Perpignan es la capital del departamento de los Pirineos Orientales, situada sobre el Tet y de alguna importancia. Montpellier, asimismo sobre el Lez y en una eminencia, es la cabecera del Departamento del Herault, y es muy notable por sus institutos y academias científicas, entre otros su célebre facultad de Medicina. Nîmes, sobre el río Gard, que da nombre al departamento de que esa ciudad es capital, es antiquísima y conserva muchas ruinas de los tiempos romanos, como la *Casa cuadrada* y el anfiteatro. De este último punto pasamos á Arlés, perteneciente ya al departamento de las bocas del Ródano (*Bouches-du-Rhône*), del que es capital Marsella. Hasta aquí hemos, pues, atravesado los departamentos de los Pirineos Orientales, Aude que tiene por cabecera á Carcasona, Herault, Gard y el Ródano.

Este río fecundiza las tierras del departamento, y como es sabido, es uno de los principales de la vertiente del Mediterráneo. Nace en Suiza en los nevados del gran San Gotardo, y cerca de la extremidad oriental de los Alpes Berneses se precipita sobre el bellísimo lago de Ginebra, al que alimenta con el caudal de sus aguas, para salir después, de este lago, por el Sudoeste, en el punto mismo donde poéticamente se alza la ciudad de Ginebra: entra luego á Francia, siguiendo su camino sensiblemente del Septentrión al Mediodía: en sus márgenes descuellan importantes poblaciones, y por último se arroja al mar formando un delta en su desembocadura.

La cuenca del Ródano puede decirse que está comprendida entre los Alpes al Este, y las Cevenas al Oeste; en su curso recibe el río numerosos tributarios.

Arlés dista unas cuantas horas de Marsella. El ferrocarril va cruzando por campos inmensos, cultivados todos. Las aldeas, con sus casas agrupadas, con sus techos de teja, van sucediéndose pintorescamente situadas ya al borde de los ríos,

ya en la pendiente de las colinas ó en los anchurosos valles en donde todo es alegre y muy hermoso.

La aurora nos sorprendió cuando entrábamos al departamento de las Bocas del Ródano. Algunas horas más y nos encontraríamos ya en el gran puerto francés.

Serían las seis de la mañana: nos acercábamos con rapidez á la costa, y á lo lejos comenzamos á distinguir el mar.

Las aguas del Golfo de Lyon penetran á la costa formando puertos abrigados y anchas bahías, en una de las cuales se alza la magnífica ciudad que en breve visitaremos.

Media hora más tarde distinguíamos á Marsella semienvuelta en las brumas que se levantaban del mar. Las barcas pescadoras poblaban ya la inquieta superficie de las aguas, y tendían sus blancas velas que comenzaban á dorarse por los rayos del sol.

Una vez que nos acercamos más al puerto, nuestro amigo el alemán nos señaló un alto cerro en cuya cumbre yérguese un santuario.

—Es la iglesia de *Notre Dame de la Garde.*—(Nuestra Señora de la Guardia)—nos dijo—ya haremos una excursión subiendo por los ascensores de vapor. Desde allí, todo Marsella dominaremos.

Después nos hizo algunas otras indicaciones que agradecimos mucho; y el silbato prolongado de la locomotora, nos anunció que íbamos á llegar al término de esta jornada.

En efecto, á las siete de la mañana entramos á la espaciosa estación, á cuya puerta esperaban los ómnibus de los diversos hoteles; y nosotros, siguiendo en todo los pasos de nuestro amigo de Francfort, nos alojamos en el propio hotel en que él paró.

Y á propósito de ómnibus. Días pasados un muy respetable amigo mío que acaba de llegar á México, después de algunos años de residencia en el Viejo Mundo, me decía que nunca ha de quitársenos la manía de imitar todo lo malo. Tal reflexión me la hizo con motivo de haber visto uno de esos

carruajes que empiezan á usar nuestros ricos, á manera de ómnibus.

—Mire usted—me decía—ese coche que en México se cree muy elegante, en Europa se usaría para llevar á los pasajeros, de las estaciones á los hoteles; ó bien para circular por las calles, con itinerario fijo á manera de tranvías. Ya recuerda usted en Madrid, por ejemplo, qué abundancia de estos coches hay; pero son todos de alquiler.

Efectivamente, decía bien mi honorable amigo: ¡qué manías tenemos en México! En la Corte española y en otras capitales elegantes, ¡qué mal sentaría á un potentado tener un carruaje semejante!

Una vez que descansamos en nuestro alojamiento, de lo fatigoso de la noche de camino, la emprendimos á discurrir por donde nuestro amigo nos llevara, á fin de que tuviésemos idea cabal de esta soberbia Marsella, tan interesante por sus recuerdos y pasados tiempos.

Como muchas de estas ciudades del Mediterráneo, piérdese en nebulosidades la primitiva historia marsellesa. Hablan ya de ella Herodoto y Polibio; y dícese que una colonia de fóceos venida del Asia Menor, hacia el año 600 antes de Jesucristo, fundó Marsella.

Ya entraremos—Dios mediante—aunque con brevedad, en el campo de la historia, en el siguiente capítulo, y en la compañía gratísima del lector recorreremos los sitios más culminantes de este notable puerto.